

## SOSTENERNOS EN LA VIDA ESPIRITUAL

Ronald Rolheiser: En busca de espiritualidad (Lineamientos para una espiritualidad cristiana del siglo XXI. LUMEN. Buenos Aires. Argentina 2003 Págs.269-302

*Orar, según creo, no es pensar en Dios en vez de pensar en otras cosas, o pasar el tiempo con Dios en vez de pasarlo con otros. Significa pensar y vivir en la presencia de Dios. Todas nuestras acciones deben tener su principio en la oración. La oración no es una actividad solitaria: sucede en medio de todas las cosas y los asuntos que nos mantienen activos. En la oración, "el monólogo que se centra en nosotros mismos" se transforma en "un diálogo centrado en Dios".(1)*

### **La necesidad de un sustento y no sólo la claridad de la verdad**

"El solo conocimiento no puede salvarnos." Cuando san Agustín acuñó esta frase, hace ya casi diecisiete siglos, la enunció como un principio de verdad, pero también estaba escribiendo un comentario sobre su propia vida. Agustín, como sabemos, tuvo dos conversiones, una en su cabeza, la otra en su corazón. A la edad de veintinueve años se convirtió intelectualmente al cristianismo. Después de años de experimentar con diversas maneras de vivir y filosofías paganas, se convenció, en su cabeza, de que el cristianismo era la verdad. Pero la otra parte de él, sin embargo, no estaba dispuesta a convertirse. Durante varios años más, hasta los treinta y cuatro años, no pudo poner su vida moral en armonía con su fe intelectual. Durante estos años rezaba su famosa e hipócrita oración: "Dios, hazme un cristiano bueno y casto, pero todavía no".

Vemos en su ejemplo que no basta con saber cuál es la verdad, tener claridad de convicción, y saber, de manera ideal, hacia donde debería encaminarse nuestra vida, aunque este puede ser un comienzo valioso. También está la parte del corazón, la energía, el poder de la voluntad. La vida espiritual no es una aceleración final corta hacia una línea de llegada bien definida, sino una maratón, un viaje largo y arduo de toda la vida hacia un horizonte siempre más distante. Para sostenernos en ese camino, aunque tengamos una cierta certeza de que estamos en el camino correcto, es necesario que a lo largo del camino continuamente encontremos lo que metafóricamente podríamos llamar "la jarra de Elías" (1 R 19, 1-8), a saber, el alimento que Dios ha prometido proveernos a todos aquellos que marchamos por el largo camino que lleva al monte sagrado.

Los capítulos previos de este libro se abocaron principalmente a clarificar los principios, intentando desplegar una visión positiva de la espiritualidad cristiana. Esto es evidentemente importante, pese a las palabras de Agustín. Sin visión pereceríamos. Bernard Lonergan, uno de los grandes intelectuales de nuestro siglo y devoto cristiano, insistió en que toda conversión genuina debe involucrar una conversión intelectual. Tiene razón, el corazón necesita la guía de la cabeza, pero lo que él dijo es solamente una parte de la historia. Morris West, el novelista, que también es un cristiano comprometido, afirma que una conversión genuina es, en último término, cuestión de enamorarse. El también tiene razón, como podemos dar testimonio todos los que hemos sabido la verdad, pero nos hemos sentido demasiado cansados, solitarios, haraganes, amargados o aferrados a los viejos hábitos como para poder avanzar hacia la meta. Necesitamos conocimiento y corazón. La espiritualidad tiene que ver con los dos.

¿Cómo desarrollamos el corazón necesario para sostenernos en el largo camino? ¿Cómo seguimos adelante pese a nuestra fatiga, soledad, pereza, amargura y malos hábitos, de tal manera de llegar a convertirnos en cristianos adultos alegres, llenos de gracia, felices, capaces de sacrificarnos, fecundos? ¿Qué hacemos durante esos tiempos cuando, como dice Henri Nouwen, estamos "demasiado cansados para leer los Evangelios, demasiado inquietos para albergar pensamientos espirituales, demasiado deprimidos para encontrar palabras con las que podamos dirigirnos a Dios, o demasiado exhaustos para hacer cualquier cosa"?(2). ¿Cuáles son las prácticas y ejercicios (análogos a aquellos que practicamos para mantener nuestro

cuerpo físicamente sano) que pueden ayudarnos, mientras luchamos como cristianos para vivir una vida espiritual sana?

Hay muchas prácticas espirituales honradas por el tiempo, canonizadas, que están presentes los escritos espirituales clásicos, desde la Escrituras hasta nuestros días. Por lo general, las siguientes prácticas han formado el núcleo de una espiritualidad cristiana sana: la oración (tanto privada como comunitaria), la práctica de la caridad y el sacrificio (tanto en casa como en el gran mundo), algún compromiso concreto con los pobres, la participación en alguna comunidad eclesial y la disposición a ser vulnerables al amor (tal como Cristo lo fue).

Desde la Biblia, pasando por los Padres de la Iglesia, los teólogos medievales, los grandes reformadores, los grandes místicos, los distintos fundadores de las órdenes religiosas, hasta Henri Nouwen en nuestros días, estas siguen siendo las prácticas espirituales que se acentúan en todos lados. Nada ha cambiado. Siguen siendo, todavía, las prácticas fundamentales de una vida espiritual sana.

Dados los conflictos particulares de nuestra propia época, ¿Cuáles son los signos de los tiempos para la actualidad? ¿Cuáles cosas son únicas para nosotros y cuáles son las prácticas y ejercicios que necesitamos hoy para sostenernos, dados nuestros particulares conflictos? Los signos de los tiempos parecen indicar *varias* direcciones complementarias.

## **Mandamientos para el largo plazo**

Karl Rahner ha afirmado que en nuestros días o se es un místico o se es un incrédulo. Y tiene razón. Ninguno de nosotros puede confiar ya en el hecho de que vivimos en una cultura que en una época fue cristiana, que aparentemente estamos rodeados por otros cristianos, o que en una época tuvimos fe. Ninguna de estas cosas bastan por sí mismas para sostener una fe cristiana en una era como la nuestra, agnóstica, pluralista, secular, seductora, que nos distrae. Vivimos en una situación poscristiana, en la cual la cultura conlleva la fe. Esto significa que hoy el creyente vive en una cierta soledad moral. Sostener la fe hoy no es votar con la mayoría sino ser lo que los sociólogos llaman una minoría cognitiva, es decir, estar fuera de la conciencia dominante. El creyente ya no puede dejarse arrastrar por la ola de la comunidad a la que pertenece, incluso la de su propia comunidad de fe, si quiere tener una fe viva.

Hace veinticinco años, cuando enseñaba en Yale, Henri Nouwen ya había declarado que, aun entre los seminaristas, la conciencia dominante era agnóstica. Dios, esencialmente, no tenía lugar en ella, aun entre gente que hablaba de la religión y que se estaba preparando para el ministerio cristiano.<sup>4</sup> Esto, básicamente, nos sucede a todos en nuestros días. Ya no es suficiente haber nacido en una familia cristiana, haber sido bautizado o siquiera formar parte de un grupo de oración. Ninguna de estas cosas, aisladas, nos dará una fe real. Esto es evidente, no solamente porque hay tanta gente (incluyendo muchos de nuestros propios hijos) que abandona el cristianismo, sino porque, aun dentro de nuestras iglesias, es más fácil tener fe en el cristianismo (en un código de ética, en las enseñanzas morales de Jesús, en el llamado de Dios a favor de la justicia y en el valor humano de reunirse en una comunidad) que tener una fe personal en el Dios vivo. Demasiado a menudo lo que tenemos no es el cristianismo sino la ideología del cristianismo.

Por eso hay un desafío importante en el comentario de Rahner. Para tener una fe viva, hoy, se necesita haber hecho, en algún momento, un acto de fe profundo y privado. Este acto, que para el equivale a convertirse en un místico, es por desgracia muy difícil, porque las mismas fuerzas que han contribuido a erosionar nuestra fe cultural, comunal, también operan cuando se trata de hacer este acto privado de fe. ¿Cuáles son estas fuerzas contrarias a la fe? No son el producto de una conspiración consciente de los que no creen en Dios. Son, mas bien, todas esas cosas, buenas y malas, en nosotros y alrededor, que nos tientan a no orar, a no sacrificarnos por los demás, a no ser comunitarios, a no estar dispuestos a sudar sangre en un huerto para sostener nuestra integridad y nuestros compromisos y a no hacernos del tiempo necesario para entrar de manera profunda en nuestras propias almas. Por lo tanto, no son fuerzas abstractas y ajenas. Viven en nuestra casa, con nosotros, y nos resultan tan cómodas como un zapato muy usado. Lo que bloquea la fe son una

cantidad de cosas inocentes dentro de nuestra vida ordinaria y normal, aquellas, precisamente, que hacen que nuestras vidas sean cómodas: nuestra pereza, nuestra costumbre de permitir lo que nos hace sentirnos bien, nuestra ambición, nuestra inquietud, nuestra envidia, nuestra negativa a vivir en tensión, nuestro consumismo, nuestra ambición de cosas y experiencias, nuestra necesidad de tener un cierto estilo de vida, nuestra manera de estar siempre ocupados y de intentar abarcarlo todo, nuestro cansancio permanente, nuestra obsesión con las celebridades y nuestra perpetua distracción con los deportes, los espectáculos televisivos y nuestros entretenimientos electrónicos de todo tipo. Estas son las fuerzas "anti-místicas" de nuestros tiempos.

¿Cómo hacemos para convertirnos en místicos en medio de todo esto?

Prácticamente todos los escritores espirituales clásicos insisten en el mismo tema: Para sostenerse en la fe uno debe regularmente (la mayoría dirá "diariamente") dedicar un cierto tiempo a la oración personal. No hacerlo, nos advierten, produce una cierta disipación del alma, aunque nuestra sinceridad permanezca intacta. No hay otra forma de mantener el contacto con nuestra alma y preservar en ella el equilibrio fuera de una práctica constante de oración privada. El cristianismo siempre ha enseñado esto. Resulta interesante que en nuestra época muchas otras tradiciones y filosofías también lo enseñan. A veces se usan otras palabras, sin hablar de "oración" ("meditación", "contemplación", "trabajo interior", "trabajo del alma", "imaginación activa", "contacto con nuestro rey y nuestra reina interiores" y así sucesivamente). Pero la idea esencial es la misma. Para mantenernos en contacto con nuestra alma y preservar en ella una cierta salud y equilibrio debemos entrar en algún tipo de diálogo consciente con Dios, un poder superior, un *daimon*, un rey y una reina interiores, un ángel de la guarda, o aquello que consideremos la razón última por la cual vivimos, nos movemos, en quien respiramos y existimos (Hch 17, 28).

Pocos han escrito sobre este asunto, sobre la necesidad de oración, con mayor profundidad y elocuencia que Robert Moore, el psicólogo y filósofo de la religión de la Universidad de Chicago. Moore se dirige a un auditorio tanto secular como cristiano. Pero su mensaje es el mismo para ambos: Si usted no ora, inevitable se deprimirá o se sentirá eufórico, o pasará todo el tiempo de uno a otro estado. Solamente la oración puede darle esa línea muy fina (espiritual, psicológica o emocional) que separa la depresión de la euforia. Si usted no cree en Dios y en el valor de la oración religiosa, practique alguna forma de imaginación activa o de meditación y, por medio de estas, entre en contacto consciente con el rey y la reina que están en su interior, porque solamente la oración puede cimentar el alma... y solamente ella puede salvarlo de tener una personalidad deprimida o eufórica, sin nada que lo sustente. Si usted no ora estará habitualmente deprimido o vivirá obsesionado por su propio ego. Esto, según Moore, vale, sea usted religioso o no lo sea.(5)

Por lo tanto, en lo mejor de las tradiciones cristiana y secular, escuchamos la verdad de que sostener una vida de fe y una vida equilibrada en general depende de desarrollar el hábito de la oración privada. Como nos lo aseguran las mismas fuentes, no deberíamos esperar que esto sea fácil. Todas las cosas que actúan contra nuestra fe también lo hacen contra el desarrollo del hábito de la oración. Sin embargo debemos seguir intentándolo, seguir estableciendo un tiempo para estar apartados y con Dios. Como asegura Henri Nouwen, ese tiempo que pasemos apartados nos mantendrá centrados, aunque no sintamos que estamos orando o haciendo algún progreso.

*(Mi tiempo de estar apartado no es un tiempo)... de oración profunda, ni un tiempo en el cual experimente una especial intimidad con Dios; no es un tiempo de atención seria concentrada en los misterios divinos. ¡Ojalá lo fuera! Por el contrario, está lleno de distracciones, inquietud interior,*

*somnolencia, confusión y aburrimiento. Muy pocas veces, si alguna, complace mis sentidos. Pero el hecho muy simple de ponerme durante una hora en la presencia del Señor y mostrarle todo lo que siento, pienso y experimento, sin intentar esconderle nada, debe ser agradable a Dios. De alguna manera, en algún lugar, sé que El me ama, aún cuando no pueda sentir ese amor como puedo sentir un abrazo humano, aún cuando no escuche voces como escucho las palabras humanas de consuelo, aún cuando no vea una sonrisa, como puedo verla en un rostro humano. Sin embargo, Dios me habla, me mira, me abraza, allí donde por ahora soy incapaz de percibirlo.<sup>6</sup>*

### ***3. Un misticismo para nuestra época: la oración como contemplar y cargar la tensión***

Pero la oración es más que recitar oraciones, del modo como el misticismo es más que una cuestión de cara Dios por medio de la oración formal. En último análisis el misticismo y la oración son cosas que deberíamos hacer en todas las actividades de nuestra vida y no solamente en ciertos momentos formales apartados para ese propósito. "Orad siempre", nos dicen las Escrituras (1 Ts 5, 17). ¿Pero cómo se hace esto? Hay muchas respuestas que uno podría dar a esta pregunta y, dependiendo de cómo uno vea los signos de los tiempos, para cada generación podrían subrayarse ciertas cosas. Para nuestra generación, dado nuestro particular talón de Aquiles, la clase de misticismo que más necesitamos es la de *contemplar*, en el sentido bíblico de este término.

#### ***¿Qué significa "contemplar", según las Escrituras?***

"Contemplar", según los Evangelios, no significa lo mismo que este término quería decir para los filósofos griegos como Sócrates, Platón o Aristóteles. Para ellos, "contemplar" significa tomarse en serio la verdad de que no vale la pena vivir una vida que no se ha examinado a fondo. Significa reflexionar de manera consciente sobre las cosas, a diferencia de simplemente seguir la corriente y dejar la vida librada a las circunstancias y la casualidad. Para la mente griega, "contemplar" significa examinar intelectualmente los grandes misterios de la existencia. Las Escrituras, sin embargo, no reflejan esta actitud mental griega. En los Evangelios, que reflejan más la estructura mental hebrea y su manera de entender las cosas, "contemplar" es menos una cuestión de examinar intelectualmente algo, que de mantener con paciencia algo dentro del alma, incluyendo toda la tensión que genera esta actitud. Así, cuando María está debajo de la cruz de Jesús, mirando como muere -no hay absolutamente nada que ella pueda hacer para salvarlo, ni siquiera para protestar su inocencia y bondad- está "contemplando", en el sentido bíblico. Soporta una tremenda tensión, frente a la cual es impotente y no puede hacer otra cosa que soportarla e intentar vivir con ella. A esto se refieren las Escrituras cuando nos dicen que "su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón" (Lc 2,51). "Contemplar", en un sentido bíblico, es plantarse frente a los grandes misterios de la vida del modo como María lo hizo ante los eventos de la vida de Jesús, incluyendo la forma como estuvo bajo la cruz. Hay en ello un gran gozo, pero también puede haber una tremenda tensión. El tipo de misticismo que hoy necesitamos más para revitalizar nuestra fe es precisamente esta clase de contemplación, junto con la disposición a soportar la tensión, tal como María lo hizo.

Me gustaría ejemplificar esto con un ejemplo bien terrenal (por el cual pido disculpas pero uso de todos modos, por su claridad). Cuando yo estaba en la escuela secundaria, un día, en clase, el profesor estaba disertando sobre la sexualidad y la moralidad. Se planteó la cuestión de la masturbación y un alumno le cortó el hilo de su conferencia, preguntándole: "¿Usted se masturba?" La primera reacción del profesor fue enojarse por la impertinencia de la pregunta. Dio la espalda a la clase y enfrentó el pizarrón, el lenguaje de su cuerpo dijo lo que no pronunciaron sus palabras ("Esta pregunta que usted ha hecho está totalmente fuera de orden"). Sin embargo, se recuperó de su primera reacción, se dio vuelta y encarando al alumno que había hecho la pregunta dijo: "Mi primera reacción es decirles que esta pregunta es impropia y que no es cosa suya, en una clase, hacerme una pregunta como esta. Sin embargo, siendo que esta es una clase de teología moral, entiendo que su pregunta tiene un cierto valor. *Le responderé, entonces que sí, que a veces lo hago. Y no me siento orgulloso*

*por hacerlo. No pienso que sea tremendamente malo hacerlo, pero tampoco pienso que esté bien. Pienso lo siguiente, sin embargo... Soy mejor cuando no lo hago, porque estoy soportando más de la tensión que nosotros, todos nosotros, debiéramos soportar en esta vida. Soy una persona mejor cuando soporto esa tensión.*

Sean cuales fueran los méritos de esta respuesta en términos de teología moral, dice algo sobre el misticismo y sobre aquello que, en último análisis, nos ayuda a sostener la fe. Somos personas mejores cuando soportamos la tensión. Lo opuesto es buscar siempre una solución más fácil. Soportar la tensión, especialmente cuando es una gran tensión, es "contemplar", en el sentido bíblico. Encontramos ejemplos de esto en la gran literatura. ¿Qué es lo que hace a un gran héroe o heroína? ¿Qué es lo que constituye lo que llamamos "nobleza del alma"? Por lo general adscribimos esa cualidad precisamente a la persona que, sin importarle su propia comodidad, necesidad o dolor, está dispuesta, para favorecer un ideal superior, a soportar una gran tensión durante un período largo de tiempo. Sentimos que estamos frente a la grandeza de un alma cuando vemos a alguien que esta sudando sangre pero no cede a la tentación de resolver las cosas de manera prematura. Así, por ejemplo, lo vemos en la heroína de la novela de Jane Austin, *Sense and sensibility*. Tiene grandeza de alma. ¿Por qué? Porque soporta una gran tensión durante mucho tiempo. Pone las necesidades de las otras personas y el orden correcto de las cosas por encima de su propia necesidad de resolver la tensión. También vemos, en esa historia, así como en muchas otras de su tipo, en qué consiste la sublimidad: en el hecho de que en algún momento previo ha habido alguna sublimación. Por lo general, cuanto anterior haya sido la sublimación, mayor es la sublimidad de la experiencia. *Los grandes gozos dependen de haber sabido soportar las grandes tensiones.*

Esto es válido para todas las aéreas de la vida, no solamente para la sexualidad. La nobleza del alma está conectada con la capacidad para soportar la tensión. El gran ejemplo de esto, por supuesto, es Jesús transpirando sangre en el Huerto de Getsemaní (Lc 22, 39-44 y pasajes paralelos). Allí vemos la relación necesaria entre el sufrimiento y la fe, la conexión necesaria entre sudar sangre en un huerto y mantener nuestros compromisos y nuestra integridad. Nadie se mantendrá fiel en un matrimonio, en una amistad, en una vocación, en una familia, en un trabajo o simplemente en su propia integridad personal sin, a veces, sudar sangre en un huerto. Ofrezco solamente un ejemplo, que es muy ilustrativo.

Hace algunos años había una serie estadounidense de televisión titulada *Thirty something*, que seguía las alternativas de unas parejas que tenían aproximadamente treinta años de edad. Todos luchaban con las tensiones de la vida en general y de sus matrimonios en particular. Uno de los episodios era más o menos como sigue. Los hombres estaban reunidos en un hotel del centro de la ciudad, en una fiesta solamente para hombres, mientras sus esposas estaban reunidas en una de las casas de las parejas del grupo, en una fiesta solamente de mujeres. En la fiesta de los hombres, uno de ellos, casado hacia ya varios años y lejos de su mujer, se sintió muy atraído hacia una de las gerentas del hotel, una mujer joven con la que tuvo que hacer algunos arreglos, en el curso de esa noche. Tenían que ver con la comida que iban a consumir, con las bebidas, con la música y otras cosas por el estilo. Ella también se sintió atraída hacia él y antes que terminara la noche, pese a que no se habían dicho realmente nada, los dos experimentaron la magia del amor. La carga romántica entre los dos fue creciendo a medida que avanzaba la noche.

De manera que, cuando la noche ya estaba terminando, los dos hicieron lo que sucede naturalmente entre un hombre y una mujer que se sienten mutuamente atraídos. Los dos fueron quedándose solos, a medida que los demás se iban yendo, sin estar muy seguros de lo que se dirían, pero sabiendo que entre ellos había pasado algo especial y que todavía pasaría algo más, que los dos esperaban que sucediera. Los dos tapaban su nerviosismo hablando de la limpieza de las habitaciones, cuando se pagaría la cuenta, y otros detalles por el estilo. Por último, llegó el momento de separarse. Los dos se demoraron todo lo que pudieron sin que pareciera raro, pero ahora había llegado el momento de irse a casa. Mientras el hombre se demoraba un poco más agradeciéndole su ayuda con la organización, ella, que no quería perder el momento, le dijo: "Me alegro de haberlo conocido. ¿Quiere que en algún otro momento nos encontremos?" Él, dando vueltas a su anillo de matrimonio y sintiéndose un poco culpable por no haber sido más claro con respecto a su condición de hombre casado, hizo lo que en nuestros días muchos de nosotros no tendríamos el coraje moral de hacer. Sonrió con amabilidad y dijo:

"Muchas gracias, pero creo que no sería una buena idea. Lo siento mucho, soy un hombre casado. Creo que debería haber puesto esto en claro antes y no ahora. Lo siento mucho. Creo que lo mejor es que me vaya a casa. Fue estupendo conocerla." Y como Jesús, sudando sangre en el huerto, salió del hotel y se fue a su casa, con su mujer.

Después de la resurrección, en el camino a Emús, tratando de explicar a sus discípulos (que se habían quedado dormidos durante la lección en Getsemaní) la conexión entre soportar la tensión y seguir siendo fieles a lo que somos y lo que se pide de nosotros, Jesús les hace una pregunta: "¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria...?" (Lc 24, 26). ¿No hay una conexión necesaria entre soportar la tensión, sudar sangre en el huerto y la fidelidad? Mirando este incidente desde la perspectiva de *Thirty something* (que tipifica de manera tan clara la lucha por la fidelidad en general) se vuelve bien claro que evidentemente hay una conexión.

*En el mensaje de Jesús hay un motivo muy fuerte de espera, de contemplación, de castidad, de tener que soportar la tensión sin ceder a las soluciones prematuras. La idea es que la resurrección sigue solamente después de una agonía en el huerto.*

Esto vale también con respecto a la fe. Cuando Karl Rahner dice que hoy solamente puede haber místicos o incrédulos, también puede decirse que, a menos que estemos dispuestos, en ciertos momentos, a sudar sangre en un huerto para mantenernos fieles a nuestro compromiso, a nuestra integridad personal y a las cosas que la fe pide de nosotros –como lo hizo la heroína de la novela de Jane Austin *Sense and Sensibility*, como lo hizo el hombre en *Thirty Something*, como lo hicieron Jesús y María-, no podremos sostener una fe real.

¿Pero, por qué? ¿Cuál es el valor de soportar la tensión? En un nivel más obvio, es bueno soportar la tensión y no resolverla de manera prematura porque, en último análisis, eso es lo que significa el respeto. Al no exigir que nuestras tensiones se resuelvan dejamos que los otros sean ellos mismos, que Dios sea Dios y que un don sea un don. Esto puede entenderse mejor si miramos a su opuesto. Cuando nos negamos a soportar la tensión y en cambio nos aproximamos al mundo y a los otros con la actitud de que todo lo que queremos debiera ser nuestro, sin tener en cuenta las consecuencias, nuestras vidas se vuelven más destructivas que dadoras de vida. Así fracasaremos siempre, también con respecto a la castidad. Solamente quienes sean capaces de vivir con la tensión de una sinfonía inconclusa podrán respetar verdaderamente a los otros.

Mas en lo profundo, sin embargo, el verdadero valor de soportar la tensión en favor del amor es que se trata de un proceso de gestación. Contemplando, como María lo hizo mientras estaba, impotente, bajo la cruz, o como lo hizo Jesús al sudar sangre en el huerto de Getsemaní, tenemos la oportunidad de convertir la herida en perdón, la ira en compasión y el odio en amor. Tenemos un ejemplo de esto en la vida de Jesús. Fue odiado, pero Él no odiaba a nadie; enfrentó la ira, pero nunca respondió de manera iracunda; lo mataron por celos, pero Él no tuvo celos de nadie y no hirió a nadie. Recibió los efectos del odio criminal, de los celos, de la ira, pero nunca los transmitió a los otros. Soportó, durante todo el tiempo que fue necesario, el odio, los celos y la ira, hasta poder transformarlos en perdón, compasión y amor. Solamente alguien que ha sudado verdadera sangre para mantenerse fiel a lo que reconoce como mas alto y mejor, será capaz de mirar a sus asesinos y decir: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34). Esto es lo que constituye la verdadera nobleza del alma.

La aceptación a soportar la tensión por Dios, por amor, por la verdad y los principios, es el misticismo que más se necesita en nuestros días. *Casi todo, en nuestra cultura, nos invita a eludir la tensión y a resolverla tan pronto como podamos hacerlo, aún a costa de algunos de nuestros instintos más nobles.* Esto vale para todos los aspectos de la vida contemporánea, salvo aquellas aéreas en las que podamos ser orgullosamente ascetas y sudar sangre a favor de nuestra profesión, la salud o el bienestar de nuestro cuerpo. Esperar en la tensión y la falta de

plenitud no es nuestro punto fuerte. Tanto en tensiones menores (como hacer fila frente a la ventanilla de un banco o en la parada de un ómnibus), como en las frustraciones mayores de las tensiones interpersonales y de nuestras necesidades sexuales no resueltas, se nos hace difícil mantenernos con tensiones no resueltas.

Jacques Maritain, el gran filósofo católico, dijo una vez que una de las grandes tragedias espirituales es que mucha gente de buena voluntad se convertiría en una persona de gran nobleza de alma si no experimentara pánico y resolviera las tensiones dolorosas de su vida de manera demasiado prematura, en vez de soportarlas durante el tiempo necesario, como se lo hace en una noche oscura del alma, hasta que esas tensiones se resuelven y ayudan a dar a luz a lo que hay de más noble dentro de nosotros: la compasión, el perdón y el amor.

## **Peca con osadía**

### **1. La honestidad en nuestras debilidades**

Se adjudica a Martín Lutero la frase "Peca con osadía". Entendida de manera correcta hay una gran sabiduría espiritual en estas pocas palabras. No nos invita a pecar, como podría interpretarlo una lectura superficial. Es una receta para un cierto misticismo rudimentario. Nos invita a estar siempre allí donde Dios puede ayudarnos después que hemos pecado, a saber, en un estado donde podamos admitir honestamente nuestro pecado.

La mística británica Ruth Burrows, en uno de sus primeros libros,<sup>(8)</sup> arroja luz sobre lo que quiso decir Lutero. Cuenta la historia de dos monjas con las que vivió en una época. Ambas, como monjas contemplativas, eran totalmente mediocres: habiendo dejado el mundo activo para buscar a Dios en la oración, en el monasterio tampoco oraban demasiado. Sin embargo, sus casos individuales, tal como Burrows nos los cuenta, eran muy diferentes. A la primera, después de algún tiempo, se le diagnosticó una enfermedad terminal y la amenaza de la muerte inminente la inspiró para hacer un esfuerzo especial. Pero es muy difícil abolir los viejos hábitos y murió antes de poder ordenar su vida de oración. Sin embargo, comenta Burrows, tuvo una muerte feliz: la muerte de un pecador que pide perdón a Dios por una vida de pecado. La otra monja también murió, pero su muerte no fue tan feliz. Según lo explica Burrows, hasta el último momento intentó fingir que no era lo que en realidad era: un ser humano débil. Después de contarnos esta historia, Burrows hace el siguiente comentario sobre la honestidad y la contrición en nuestras vidas:

Solamente un santo, dice, puede darse el lujo de morir la muerte de un santo. El resto de nosotros debemos irnos de este mundo, a nuestros propios ojos y a los ojos de las personas que están alrededor, como lo que en realidad somos: pecadores que pedimos misericordia a Dios. Más aún, comenta Burrows, lo que es espiritualmente más perturbador no es nuestra debilidad y nuestro pecado, sino nuestra falta de una contrición profunda. En términos de Lutero, el problema no es que pecamos sino que no pecamos con osadía. Lo que Lutero y Burrows señalan es algo que los Evangelios subrayan todo el tiempo, que lo problemático en nuestra relación con Dios no es nuestra debilidad sino la racionalización, la negación, la mentira y el endurecimiento de nuestros corazones frente a la verdad. En las enseñanzas de Jesús hay solamente un pecado con el que Dios no puede hacer nada: el pecado contra el Espíritu Santo.

### ***2. El imperdonable pecado contra el Espíritu Santo***

En un momento, Jesús hace la afirmación de que todos los pecados y blasfemias humanos serán perdonados, excepto si uno blasfema contra el Espíritu Santo. Quien lo hiciera será culpable de un pecado eterno, que nunca podrá perdonarse (Mc 3, 22-30). ¿Qué es esta blasfemia contra el Espíritu Santo y por qué

este es un pecado eterno que jamás podrá perdonarse?

Para entender qué es lo que Jesús esta enseñando aquí es necesario poner esta afirmación sobre el pecado imperdonable en el contexto en que lo dijo. Jesús venia de efectuar un milagro, el exorcismo de un demonio. En la teología judía de aquella época, que todos los escribas y fariseos sostenían, secreta que solamente alguien que viniera de Dios podía realizar ese tipo de milagro. Los escribas y los fariseos habían sido testigos del milagro y toda la evidencia, por lo tanto, indicaba que Jesús era alguien que venía de Dios. Pero a causa de sus celos contra Jesús no podían admitir la verdad de lo que habían visto y sido testigos. Eligieron mentir. De este modo, en vez de admitir la verdad de lo que habían visto, niegan lo que saben y acusan a Jesús de obrar milagros con el poder de Satanás. Primero Jesús intenta razonar con ellos, señalando que no sería una buena estrategia por parte de Satanás actuar contra sí mismo. Pero los escribas y fariseos se obstinan y prefieren negar lo obvio antes que admitir su debilidad. Por último Jesús les advierte (porque eso es lo que son sus palabras, una advertencia, no la afirmación de que han cometido un pecado imperdonable) con palabras que desglosadas y parafraseadas podrían sonar de la siguiente manera:

Tengan cuidado de no mentir, de no distorsionar la verdad, porque el verdadero peligro es que, mintiendo, empiecen a distorsionar y retorcer sus propios corazones. Si se mienten durante un tiempo largo, perderán de vista la verdad y crearán la mentira y serán incapaces de establecer la diferencia entre la mentira y la verdad. Lo que hay de imperdonable en esto no es que Dios no quiera perdonarlos sino que ustedes ya no quieran que se los perdone. Dios perdonara fácilmente todas sus debilidades y siempre perdonara al que quiere ser perdonado, pero es posible retorcer hasta tal punto la consciencia que crean que la verdad de Dios y el perdón son mentiras -como los ve Satanás- y crean que su propia mentira es verdad y perdón. Este es el único pecado que nos coloca fuera de la misericordia de Dios, no porque Dios se niegue a ofrecernos su misericordia sino porque ustedes verán la misericordia pero la llamaran mentira.

Siempre es presuntuoso sugerir qué es lo que Jesús está *tratando* de decir, como opuesto a lo que verdaderamente dijo, pero los estudiosos de las Escrituras están en general de acuerdo en que la advertencia de Jesús sobre no blasfemar contra el Espíritu Santo es una advertencia contra la deshonestidad persistente y la racionalización. El comentario en tres palabras de Lutero, "Peca con osadía", captura el núcleo de esta advertencia. En el Evangelio de Juan también hay un comentario interesante sobre esta advertencia, donde Jesús no habla sobre el pecado contra el Espíritu Santo. Esta vez la misma lección ("no mientan") se enseña por medio de un ejemplo positivo, en la historia del hombre que había nacido ciego (Juan 9, 1-40). Se cuenta la historia de la siguiente manera:

Un día, mientras Jesús viaja por los caminos de Palestina, encuentra a un hombre ciego de nacimiento. Jesús hace una pasta con tierra, la pone sobre los ojos del hombre y el hombre empieza a ver. Pero sus amigos y vecinos, que no han sido testigos del acontecimiento, Le preguntan cómo es que ahora puede ver. El hombre, en la inocencia de una persona simple, les dice que fue Jesús quien, poniendo barro en sus ojos, Le dio la vista. Entonces lo llevan a los fariseos, que le hacen la misma pregunta. Cuando el hombre responde, nuevamente, que fue Jesús quien curo su ceguera, los fariseos (en su odio y celos) intentan apartarlo de la verdad, diciéndole que es imposible que Jesús haya hecho eso, puesto que solamente alguien que venga de Dios podría hacer tal cosa y que Jesús, por razones que ellos detallan, no viene de Dios. El hombre, sin embargo se mantiene firme, negándose a mentir, aun cuando se siente superado por lo que le dicen los fariseos. Esta escena, el interrogatorio y su negativa a mentir, se repite varias veces. Por último los fariseos lo insultan, le dicen que es un estúpido, un pecador y que no debiera contradecirlos. El hombre, por su parte, se atiene a la verdad tal como ella sabe. No niega su estupidez o su pecado, pero tampoco niega la verdad, aunque esto signifique que se lo expulsa de la comunidad religiosa judía. Más tarde Jesús vuelve a encontrarse con él y él, el hombre que había sido ciego, hace una profesión de fe en Jesús.

Lo que sucede en esta historia, por decirlo de alguna manera, es lo opuesto al pecado contra el Espíritu Santo. Juan, el evangelista, presenta al ciego como un hombre de muy pocas luces, sin gran inteligencia e indiferente



en materia religiosa. Esencialmente, no goza de privilegio alguno en términos de su oportunidad para reconocer a Cristo. Sin embargo, en el Evangelio es una de las primeras personas que reconoce a Jesús por lo que es y hace una profesión de Fe. Y avanza hacia esa fe gracias a una única virtud: se niega a mentir. Llega a Dios guiado por su simple honestidad. Esta simple honestidad es un misticismo rudimentario que produce la Fe. Por sí misma basta para llevarlo a uno a Dios. Esa visión, el valor singular de la honestidad para un alma sana, se verifica hoy en virtualmente todos los programas terapéuticos que son de algún modo efectivos para el tratamiento de las adicciones, por ejemplo, en IDS llamados Programas de Doce Pasos (como los que usan los Alcohólicos Anónimos, los Conflictos Sexuales Anónimos, los Bulímicos Anónimos y otros por el estilo). En estos planes siempre hay un paso clave, muy crítico, cuando la persona debe confesar, dando la cara, frente a otro ser humano, y aceptar la verdad sobre sus debilidades, sin mentir. El programa lo tiene bien claro: sin este tipo de honestidad no se le puede ayudar. El discurso de estos programas que ha acuñado la expresión: "Estas tan enfermo como tu secreto mas enfermo y seguirás enfermo mientras esto siga siendo un secreto." En todos los programas efectivos contra las adicciones, la salud y la sobriedad son esencialmente sinónimos de la honestidad. Como lo dice un panfleto: La sobriedad tiene que ver sólo un diez por ciento con el alcohol. El noventa por ciento tiene que ver con la honestidad.

Los Evangelios estarían esencialmente de acuerdo con esta evaluación: la salud espiritual tiene un noventa por ciento que ver con la honestidad. Lo mejor del mundo secular también concuerda con eso. Pese a nuestras luchas morales y emocionales, todavía identificamos la integridad con la honestidad.

Hace algunos años un realizador cinematográfico, con un presupuesto 'muy bajo, hizo un filme sobresaliente. Titulado *Sexo, mentiras y video*, cuenta la historia de un joven que padecía daños bastante serios, tanto emocionales como sexuales. Sin embargo, en un momento de su vida hace el voto sencillo de nunca más volver a decir una mentira, ni siquiera en las cosas más triviales. Se mantiene fiel a su voto y poco a poco adquiere cada vez más salud. Además, instala una cámara de televisión e invita a otros a venir y hacer lo mismo, es decir, a contar sus historias de manera honesta. Este confesionario secular opera una notable magia espiritual. Todos los que dicen la verdad mejoran. Por el contrario, los que se niegan a enfrentar la verdad de su propia vida, los que mienten, se vuelven progresivamente más deshonestos, amargos y sus almas y actitudes se vuelven cada vez más duras. Como la historia del hombre que había nacido ciego en el Evangelio, ésta también es una historia de cómo funciona lo opuesto al pecado contra el Espíritu Santo.

Hace algunos años, en un retiro, un hombre compartió su historia conmigo. Había tenido recientemente una conversión importante, pero tal como él la describía no había sido estrictamente religiosa ni siquiera, en términos estrictos, de carácter moral. Era, en cierto modo, una conversión estética, aunque tuvo consecuencias importantes en términos religiosos y morales muy profundos. ¿Qué le había sucedido?

Era un hombre al principio de su edad media, soltero, homosexual y aun cuando su vida religiosa estaba esencialmente en orden, sufría de dos adicciones relacionadas entre sí, la masturbación y el alcohol. Pero aún en este campo, por lo menos en la superficie, tenía sus adicciones relativamente bajo control. Ninguna de las dos interfería con su trabajo, sus relaciones o su vida religiosa. Era altamente respetado y ninguno de los que lo conocían hubiera sospechado la naturaleza de sus problemas. Excepto... excepto que él sí sabía que tenía problemas y, a medida que maduraba, gracias a su vida de oración y el respeto con que los demás confiaban en él, empezó a darse cuenta de su incoherencia y buscó ayuda.

Sus consejeros le recomendaron ingresar en dos programas de curación, uno para cada una de las dos adicciones, por separado, el alcohol y el sexo. Al principio se resistió, pensando "¡Yo no soy alcohólico!" "¡Mis problemas sexuales no son tan serios!" Con el tiempo, sin embargo, ingresó en los programas y estos, en sus propias palabras, "Produjeron en *mi* una gran transformación interior". "No es que fuera demasiado malo o pecador antes de ingresar a esos programas. Mi vida estaba esencialmente en orden. ¿Qué me pasaba, entonces? Para describirlo, ahora que voy regularmente a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y de personas con conflictos sexuales, *es como si hubiera vuelto a ver los colores*. Antes no era una mala persona,

pero estaba tan atrapado en mis propias necesidades y anhelos que, la mayor parte del tiempo, no veía lo que tenía por delante. Ahora he vuelto a ver los colores y mi vida, de algún modo, es rica, de una manera como nunca lo había sido antes."

¿Qué clase de conversión es ésta? ¿El desafío del evangelio tiene que ver con percibir los colores? Parecería que *si*, y la manera de aclarar nuestra visión pasa por una honestidad radical, por un enfrentamiento valiente con nuestras propias debilidades. Para tener hoy un alma sana, no puede haber una receta más importante que la de los Evangelios, que todavía está en lo más elevado de nuestra conciencia. *No mientas. Sé débil, si no puedes hacer otra cosa, pero peca con osadía.* Si somos honestos, Dios, la verdad y el amor terminaran por encontrarnos.

## **Reunirse para celebrar en torno a la Palabra y el Pan partido**

"Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos".

### ***En toda circunstancia de la vida, reunámonos ritualmente en oración***

Jesús prometió que cuando un grupo de personas se reúne para orar, Él está con ellos. La Iglesia primitiva se tomó esa promesa en serio, de manera literal. Estaban acostumbrados a que Jesús estuviera con ellos físicamente y entonces, después de su Ascensión, lucharon para saber qué era lo que Jesús quería que hicieran. Sin embargo, tenían una fórmula muy sencilla para toda ocasión y dificultad: la invitación de Jesús a reunirse en su nombre. Se reunían alrededor de la Palabra y del Pan partido y allí dejaban que Jesús hiciera sentir su presencia e hiciera, a través de ellos, lo que ellos no hubieran podido hacer por sí mismos.

Como cristianos hoy todavía necesitamos tomar literalmente la misma promesa. La vida cristiana no se sostiene solamente con acciones privadas de oración, justicia y virtud. Se sostiene en una comunidad, reuniéndonos ritualmente alrededor de la Palabra de Dios y al partir el Pan. Es importante comprender que este tipo de reunión no es de carácter simplemente social, capaz de lograr solamente lo que logran las reuniones sociales. Reunirse alrededor de la Palabra de Dios y del Pan partido es una reunión ritual, y las reuniones rituales aportan algo que no pueden darnos las reuniones sociales, a saber, un poder transformador más allá de lo que puede entenderse y explicarse por medio de una dinámica física, psicológica y social. Esto, sospecho, podrá parecerse abstracto y quizás un poco esotérico, por lo tanto requiere una explicación cuidadosa.

### ***El significado del ritual y nuestra actual lucha con él***

El ritual es algo que, en gran parte, ya no somos capaces de entender. Las culturas anteriores a la nuestra lo entendían y lo utilizaban mucho más de lo que nosotros lo hacemos. Nosotros, hijos adultos del Iluminismo, tendemos a ser sordos al ritual, porque no tenemos confianza en las cosas que no podemos explicar de manera fácil con la razón. Por lo tanto, para nosotros, todo ritual cae dentro del ámbito de lo sospechoso y nos huele a superstición o magia. Sin embargo, esta noción poco a poco está cambiando. Es curioso que el cambio todavía no se ha impuesto tanto en las iglesias como en la cultura secular, especialmente en el feminismo, el movimiento *new age* y los círculos de hombres. En todas estas instancias el ritual está siendo redescubierto y se lo utiliza de manera poderosa. Así por ejemplo, en algunos círculos feministas, mirarán a la mujer que ha sido violada o sufrido algún otro tipo de abuso sexual y percibirán que necesita algo que la terapia psicológica sola no puede ofrecer. Necesita una sanación ritual. Entonces, inventan diferentes rituales de limpieza y de renacimiento y los celebran con ella. En muchos casos, como resultado de esos rituales, la víctima

del abuso se siente mejor.

¿Cómo funciona esto? No lo sabemos. Pero esa es la idea. No podemos dar una explicación racional del ritual, extra polar su principio transformador y duplicar sus efectos de manera psicodinámica. ¡Simplemente funciona! El ritual funciona de la misma manera que un beso, el ritual primario entre todos los rituales. Los besos hacen cosas que no hacen las palabras y no hay necesidad de inventar una metafísica sobre ellos.

Los grupos de hombres hacen cosas similares. A veces miran a un hombre que no ha sido amado y bendecido por su propio padre y cuya vida lleva ahora las cicatrices de esa carencia. Como en los grupos de mujeres, ellos también perciben que el solo asesoramiento psicológico no puede recorrer toda la distancia necesaria para dar a ese hombre aquello que en realidad necesita. Ese hombre necesita más que un buen asesoramiento. Necesita que se le bendiga, necesita un ritual. Y aquí también, cuando se ejecuta el ritual el hombre mejora. ¿Cómo funciona? ¿Cómo funciona un beso? Hay en el un poder que va mas allá de lo racional. Sólo un lenguaje más antiguo, premoderno -con palabras que hablan de ángeles y demonios, bendiciones y exorcismos, de ríos sagrados mas allá del tiempo- puede brindar alguna ayuda a la imaginación... porque es verdad que en el ritual algo sucede. El buen ritual tiene un poder más allá de lo que podemos explicar de manera racional. Los rituales pueden ayudar a producir la unidad del grupo, la sanación y otras transformaciones, para las cuales no podemos describir una fenomenología. Como cristianos siempre hemos tenido esos rituales, pero les damos otros nombres: bautismo, bendición, reunirse en torno a la Palabra de Dios, celebrar la fracción del Pan. Si se trata de los rituales más importantes (como el bautismo), los llamamos "sacramentos" y entendemos de manera intuitiva que algo ocurre en ellos para lo cual no hay una explicación racional plena. Si son de menor monta, como una simple reunión para compartir la lectura de las Escrituras, quizás no nos damos cuenta que se trata de rituales pero sentimos su poder especial.

Aquí quisiera ofrecer dos ejemplos personales. Proviene de mi propia experiencia y de mi propio trasfondo denominativo, el de la Iglesia católica apostólica romana. Pero podrían ser experiencias de cualquiera dentro de cualquier otra denominación religiosa. Ambos ejemplos hablan del poder transformador del ritual.

Durante seis años que pase estudiando teología y preparándome para la ordenación como sacerdote, viví en una gran comunidad en el seminario. Durante esos años éramos unos setenta estudiantes que vivíamos, todos, en el mismo edificio. Proveníamos de lugares diferentes, teníamos diferentes temperamentos y cada uno tenía sus faltas diferentes. Entre nosotros era más frecuente y natural que hubiera incompatibilidades naturales y no una armonía temperamental. No nos habíamos escogido y éramos, en el nivel psicológico, una colección accidental de individuos. Sin embargo, de alguna manera, conseguíamos formar entre nosotros una comunidad armónica. Había muchas razones para que se formara entre nosotros una comunidad. Después de todo, vivíamos en el mismo edificio y hacíamos juntos un montón de cosas. Comíamos juntos, estudiábamos juntos y nos divertíamos juntos. Dadas las reglas del seminario en aquella época, muy pocas veces estábamos solos. Además, todos estábamos guiados por las mismas motivaciones esenciales, y la misma fe era el foco de concentración de nuestras acciones. Es interesante que, sin embargo, entre todas las cosas que hacíamos que nos unían había una que sobresalía. Dos veces al día, durante media hora, nos reuníamos en la capilla, en oración silenciosa, en silencio monacal. La llamábamos, en francés, "*Oraison*". Empezábamos y terminábamos cada una de esas sesiones con una breve oración comunitaria. Pero el resto del tiempo nos quedábamos simplemente sentados, en silencio. ¿Qué sucedía mientras hacíamos esto? Oración, por supuesto. Pero había algo más. Mientras permanecíamos sentados en silencio, cada uno de nosotros tratando de concentrarnos en Dios antes que en nosotros mismos, lográbamos realizar, por lo menos durante ese breve período de tiempo, una comunidad real y una cierta intimidad entre nosotros, los unos con los otros. Nuestras diferencias ideológicas y temperamentales, nuestros celos y nuestros enojos durante un tiempo se disolvían. Durante media hora (y muchas veces durante más de ese tiempo) estábamos más unidos como comunidad. ¿Por qué? ¿Era simplemente porque estábamos un poco más centrados en la razón que teníamos

para estar allí? *Si*, sin lugar a dudas. Pero había más. Esa media hora que pasábamos juntos, esa *oraison*, también era un ritual que, como un beso, en silencio, nos ayudaba a crear una unidad que no hubiéramos podido conseguir de otro modo, por medio de procesos más racionales y discursivos

Mi segundo ejemplo también lo extraigo de mi propia experiencia como católico. Enfoca otro ritual: la Eucaristía diaria. Soy sacerdote católico desde hace más de veinticinco años y tengo el privilegio de presidir diariamente el ritual que los católicos llaman la Eucaristía y que también se llama Misa. Con el correr de los años, me he encontrado con una interesante variedad de gente en esa reunión diaria. Digo "variedad" porque no hay solamente una clase de persona que venga a misa todos los días.

¿Quién viene a la misa diaria? En mi experiencia no hay una única categoría que haga justicia a todos los que vienen. En la superficie, por lo menos, parecerla que hay poco en común entre aquellos que asisten diariamente a misa. Es una mezcla extraña de gente. Hay algunas monjas, personas sin trabajo, muchas mujeres jubiladas, también algunos hombres jubilados, unos pocos jóvenes. Algunas amas de casa, y una curiosa colección de enfermeras, empresarios, secretarias y otros profesionales por el estilo, que vienen a la iglesia durante el tiempo que dejan de trabajar para salir a almorzar. Entre ellos no hay ninguna similitud de carácter, pero *si* hay algo en común (y aquí estoy hablando solamente de aquellos que verdaderamente tienen el hábito de asistir a misa todos los días). En el fondo, todos vienen por la misma razón. ¿Cuál es esta razón? Es algo más profundo y menos obvio que todo lo que pueda haber de in mediatamente evidente. Dicho de manera sencilla, la gente que va a misa todos los días esta allí para no perder su integridad. Van a misa porque saben que sin la misa se llenarán de orgullo o se deprimirán y de ese modo no serán capaces de manejar sus propias vidas. Dudo que la gente que asiste a misa todos los días dijera esto. Lo más probable es que les dijeran que van a misa para alabar a Dios, o para ser alimentados y sostenidos por Dios, o para tocar a Dios y recibir su bendición sobre su día, porque sienten que es justo devolverle a Dios una parte de cada día que El les da. En la superficie, estas son sus razones. Pero en todos los que mantienen la práctica de la misa diaria durante algún tiempo por lo menos hay una razón más profunda. La misa diaria es un ritual, profundo y poderoso, que sostiene a la persona del mismo modo como el hábito de asistir diariamente a las reuniones de Alcohólicos Anónimos sostiene al hombre o la mujer que busca la sobriedad. Un amigo alcohólico en proceso de recuperación me explico por qué va cada día a las reuniones de Alcohólicos Anónimos: "Yo sé, y lo sé con seguridad, que si no voy a las reuniones de manera regular voy a empezar a beber de nuevo. Es cómico, las reuniones siempre son iguales, se dicen y vuelven a decir siempre las mismas cosas. Todo es perfectamente predecible; voy, pero ya se todo lo que se va a decir. Y todos los que vienen también lo saben. No voy a esas reuniones para ser más bueno. Voy para seguir vivo. Voy porque si no lo hago voy a terminar por destruirme."

Lo que vale para los Alcohólicos Anónimos también es cierto con respecto a los que asisten diariamente a la Eucaristía. Cierto es que en este último caso se trata de una oración, de una reunión pedida por el mismo Jesús. La Eucaristía es todo esto, pero es más: también es un ritual, un contenedor, un sostén, una reunión que impide que nos desarmemos, de maneras que no podemos explicar con la razón.

También es significativa una segunda característica común a todos los que asisten a misa todos los días: no quieren una celebración que sea demasiado larga o demasiado creativa. Quieren un ritual claro, perfectamente predecible, y que sea breve. Debido a esto, demasiado a menudo están a la merced de críticos que se fijan en este hecho y, de manera simplista, no ven nada más que un ritual vacío, una oración repetitiva, y gente que sigue la mecánica de la adoración aparentemente sin poner su corazón en ello. Nada podría estar más lejos de la verdad y este tipo de acusación indica una incomprensión, no solamente por parte de alguien que está afuera sino por parte de alguien incapaz de entender el significado del ritual.

Hay rituales, especialmente rituales de iniciación, por los cuales se transita una sola vez, donde el poder de transformación funciona por medio de un fuerte estímulo de la mente, recalentando las emociones hasta que alcancen una nueva fiebre. Pero los rituales destinados a sostener nuestras vidas diarias no actúan de ese modo. De hecho, hacen todo lo contrario. No están pensados como experiencias de alta energía y creatividad. Son, precisamente, repetitivos, predecibles, simples, directos y breves. Toda comunidad o familia que ha mantenido una vida diaria de oración en común, de comidas en común y una

fraternidad común durante cualquier lapso, lo sabe perfectamente bien, como todos los monjes. Los rituales que sostienen nuestra vida diaria no operan por medio de la novedad o buscando elevar la temperatura psíquica. Lo que tratamos de conseguir no es la novedad sino el ritmo; no lo actual sino lo atemporal; y no lo emocional sino lo arquetípico.

Nuestras reuniones cotidianas en la iglesia, nuestras reuniones para rezar y compartir la fe y los momentos de oración de la pareja o dentro de la familia están destinados a ser este tipo de reunión ritual. Cuando nos reunimos para la oración no necesitamos buscar la novedad, la excitación, el brillo o la terapia familiar. Las palabras que usamos (un texto bíblico, un salmo, el Padrenuestro, oraciones que encontramos en un libro de oración o himnos) tienen como propósito, a fin de cuentas, crear entre nosotros un cierto silencio monacal en el cual hay algo que sucede entre Dios y nosotros y entre nosotros, algo que la novedad, la excitación, el brillo y varias terapias discursivas no han sido capaces de conseguir. Cuando nos reunimos ritualmente en torno a la Palabra de Dios y la fracción del Pan que Jesús nos dejó, no lo hacemos para celebrar una reunión de la familia o de la comunidad, o para conversar sobre nuestras emociones o problemas, o buscando una terapia comunitaria, ni siquiera para sostener nuestra fe vacilante en un mundo pagano. Nos reunimos para adorar a Dios como comunidad y para que Dios haga en nosotros algo que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos, a saber, darnos fe y unirnos en comunidad por encima de nuestros impulsos individuales conflictivos y de todas las cosas para las que necesitamos terapia.

El cristianismo se ha sostenido durante dos mil años. ¿Cómo lo ha logrado? Al tratar de responder a esta pregunta podemos descubrir un secreto que vale la pena conocer. La fe se sostiene por medio de la reunión ritual alrededor de la Palabra de Dios y la fracción del Pan. Como un matrimonio o una familia que se protege para no desarmarse diciendo: Estaremos en casa a una hora determinada todos los días, todos comeremos juntos dos veces por día y nos reuniremos en la sala de la casa todos los días (aunque no nos resulte entusiasmante, aunque no se hable de sentimientos reales, aunque les aburra a todos, aunque la mitad de la familia proteste y diga que no vale la pena). Lo hacemos porque, si no, al final nos desarmaremos y moriremos como familia. Como una familia humana necesita, para sostenerse viva, repetir rituales establecidos, directos, repetitivos, predecibles, poco excitantes, la familia cristiana también los necesita. Sin una reunión ritual, muy pronto, como cualquier familia, nos desarmaríamos.

En una época cuando es tan difícil sostener la fe y sostener la comunidad, no puede haber mejor recomendación para nosotros que la del mismo Jesús: Reúnanse alrededor de la Palabra de Dios y compartan el Pan. No necesitamos siquiera entender que es lo que estamos haciendo ni necesitamos ser brillantes, imaginativos o estimulantes. Solo necesitamos reunirnos en su nombre alrededor de los rituales simples y claros que Él nos dio. Él prometió hacer el resto.

## **Adorar y servir al verdadero Dios**

En el mundo puede prevalecer un esquema que otros han hecho y, siguiendo al dios equivocado, podríamos perder nuestra estrella.<sup>9</sup>

Al intentar sostenernos como cristianos hay pocas cosas tan importantes como adorar y servir al Dios verdadero. Tener un concepto distorsionado de Dios, sin que importe lo sincera que sea esa concepción errónea, es adorar un ídolo y quebrantar el primer mandamiento.

¿Cómo es Dios? ¿Qué clase de Dios reveló Jesús? Una de las grandes místicas cristianas, Juliana de Norwich, en cierta oportunidad describió a Dios diciendo: "Completamente sereno y cortés era, el mismo, la felicidad y la paz de sus queridos amigos, su rostro hermoso, que irradiaba un amor sin límites, como una sinfonía maravillosa. Y era ese rostro radiante que brillaba con la hermosura de Dios lo que llenaba aquel lugar

celestial de gozo y luz".(10)

Dios, según Juliana lo describe, sonrío y esta relajado. Jesús estaría de acuerdo con esta descripción. Por desgracia hay pocos cristianos, en el pasado y hoy, que concuerden con ella.

En el pasado, nuestra concepción de Dios era demasiado una proyección de nuestra propia ira e incapacidad de perdonarnos entre nosotros. Por lo tanto, tratamos de presentar a Dios como un Dios castigador, un Dios con un gran libro de registro donde está escrito cada uno de nuestros pecados y que, de manera consecuente, nos exige que de algún modo paguemos por cada uno de esos pecados. Es un Dios que ha establecido algunos criterios muy estrictos ("el camino angosto") para la salvación. El fuego del infierno espera a aquellos que moralmente no pueden pasar airoosamente por encima de la barrera más alta. Vivíamos temerosos de ese Dios. Hoy ese Dios se ha desmoronado, víctima de los tiempos difíciles, tanto fuera como dentro de las iglesias. No hay predicador, secular o religioso, que no haga de su misión el destronar a ese Dios castigador y exigente. Es triste, sin embargo, que no lo hayamos reemplazado con algo mejor.

Los círculos religiosos liberales son diferentes, pero no están más cerca de lo que prescribe el primer mandamiento. Su Dios tiende a ser el Dios de la ideología liberal: un Dios ansioso, preocupado, extremadamente sensible, políticamente correcto, maniático con el trabajo y por lo general quejumbroso. Este Dios todavía tiene dibujado un gesto de preocupación en su rostro y cuando mira al mundo su reacción espontánea no es bendecirlo, sino reprobar su estupidez y falta de conciencia social. El Dios liberal lo único que ve aquí es una multitud de jóvenes exitosos pagados de sí mismos.

El Dios a quien Jesús llama su "Padre" no ve al mundo como una multitud. Cuando leemos las primeras páginas de la Biblia vemos que, después de haber creado cada una de las cosas que componen el mundo, Dios la mira y dice "¡Esto es muy bueno!" (Gn 1). Esa bendición original, esa mirada aprobatoria, nunca ha cambiado, pese a la existencia del mal y del pecado. *La primera mirada de Dios sobre nosotros sigue siendo una mirada de aprecio.*

Al principio de los Evangelios tenemos una reiteración de esto, cuando Jesús es bautizado. Tal como lo describen los Evangelios, en su bautismo, cuando la cabeza de Jesús sale del agua después que Juan lo hubiera sumergido, se abren los cielos y una voz, la voz de Dios, dice: "Este es mi hijo amado, en el me complazo" (Mt 3, 13-17 y paralelos). Otra vez, como en la creación original, Dios dirige su mirada hacia la Tierra, su creación, y la ve buena. La conciencia de eso, de la sonrisa de Dios al contemplar el planeta, es una parte importante de la conciencia de Jesús. Para entender la actitud de Jesús y sus enseñanzas puede ayudarnos imaginar que durante toda su vida Dios, su Padre, le susurra a los oídos esa bendición de su bautismo: "Tu eres el que yo amo, mi amado, mi bendito, mi hijo y en ti me siento complacido." Esas palabras forman parte de la conciencia de Jesús, especialmente en el Evangelio de Lucas. Cuando Jesús mira a los pobres, los hambrientos y los que lloran y los ve como receptores de la bendición divina, es porque ante todo escucha la voz de Dios en su interior, diciéndole que Dios lo ve a él y ve al mundo de esa manera.

Hay una parábola budista contemporánea que puede ayudarnos a entender que es lo que se está diciendo aquí: *Un día el Buda, sobrecargado de peso, estaba sentado debajo de un árbol. Un soldado joven, delgado y hermoso, vino, miro al Buda y le dijo: "Pareces un cerdo. " El Buda le contesto: "Puede ser. Y tú pareces Dios. "¿Por qué dices eso?" -le preguntó el soldado joven, algo sorprendido. El Buda le contesto: "Bueno, vemos lo que tenemos adentro. Yo pienso en Dios todo el día y cuando miro a mi alrededor eso es lo que veo Tú, evidentemente, debes tener otros pensamientos. "*

Lo que vemos afuera de nosotros esta teñido en gran medida por aquello que, en primer lugar, tenemos adentro. Jesús tenía adentro la imagen de un Dios relajado, sonriente, que bendice la tierra. Por eso cuando nos ve a nosotros también encuentra algo que le permite sonreír y bendecir.

Hace unos pocos años, antes de morir, Henri Nouwen, muy probablemente el mejor escritor espiritual de nuestra generación, publicó un libro que muchos consideran una obra maestra. Se titula: "El regreso del *hijo prodigo*" Es

un comentario de la famosa pintura de Rembrandt del mismo título pero, al mismo tiempo, una larga reflexión espiritual sobre la paternidad y la maternidad de Dios. Nouwen señala que, en la pintura de Rembrandt, el padre del hijo prodigo tiene una serie de características muy interesantes. En primer, lugar parecerla ser ciego. Tiene los ojos cerrados y ve a su hijo no con sus ojos sino con su corazón (contra el cual sostiene, tiernamente, la cabeza del hijo). La insinuación es evidente: Dios ve con el corazón. Por otro lado, la figura que representa a Dios tiene una mano masculina (con la que abraza al hijo descarriado contra su pecho) y una mano femenina (con la cual acaricia la espalda de su hijo). Se representa a Dios aquí como padre y como madre, amando como lo hace una mujer y como lo hace un hombre.

Pero hay más aun. En la escena, tal como la representa Rembrandt, hay tres personajes: el hijo prodigo, su hermano mayor y el padre lleno de compasión, esa figura masculina/femenina que ofrece el abrazo de la compasión y el perdón. La pintura nos invita a vernos a nosotros mismos en cada uno de esos personajes, es decir, en la debilidad del hijo prodigo, en la amargura del hermano mayor y en la compasión del Dios padre/madre. Para nosotros, las dos primeras identificaciones son más obvias. Sabemos que, como el hijo menor, muchas veces estamos lejos de la casa de Dios por nuestras debilidades. Del mismo modo, sabemos que, como el hermano mayor, muchas veces estamos ausentes del amor del Padre y de su celebración, debido a nuestras propias amargura e ira. Al hacernos mayores nos damos cuenta de que, en realidad, somos los dos hijos; el joven, débil y pecador, y el mayor, amargado e iracundo.

Sin embargo, la revelación de Jesús en esta parábola nos invita -y esto se nos transmite de manera poderosa en la pintura de Rembrandt- a identificarnos con el Padre y su compasión, capaz de abrazarlo todo, de perdonar todo y de amar de manera compasiva, pese a todo. Al final del día, eso es lo que se nos invita a hacer en la vida espiritual: irradiar tanto el abrazo paternal, masculino y femenino, hacia el hijo prodigo como el abrazo paternal, masculino y femenino, hacia el hijo iracundo. Para poder hacer esto, sin embargo, necesitamos haberlo experimentado nosotros mismos, y parte de aceptar el abrazo perdonador de Dios es tener una concepción correcta de Dios.

Tener el coraje de dejarnos abrazar cuando sabemos que somos pecadores o nos sentimos amargados, es, ante todo, reconocer que Dios es -como para Jesús, Juliana de Norwich, Rembrandt y Henri Nouwen- un Padre perdonador y una Madre que nos acaricia, que nos mira con los ojos del corazón y que, pese a nuestras debilidades y enojos, está sentado, completamente relajado y sonriente, y su rostro es como una maravillosa sinfonía.

Esta sinfonía siempre clara en el rostro de Dios es el futuro hacia el cual todos (y nuestra misma Tierra) podemos mirar. Así, teniendo en cuenta que vivimos bajo la mirada de un Dios sonriente, relajado, que todo lo perdona y todo lo puede, nosotros también podemos relajarnos y sonreír, por lo menos de vez en cuando... porque, pese a todo lo que hay a pasado alguna vez o vaya a pasar, al final "todo estará bien y todos estaremos bien y toda forma de ser estará bien".(12)

1 Henri Nouwen, *Payasadas en Roma. Reflexiones sobre la soledad, el celibato, la oración y la contemplación*, Buenos Aires, Lumen, 1997.

4 Henri Nouwen, primeros capítulos de su libro *Intimacy: Essays in Pastoral Psychology* (San Francisco, Harper & Row, 1969).

5 Robert Moore es un psicoanalista jungiano internacionalmente reconocido, conferencista y autor. Asimismo, es una autoridad en estudios interculturales, religiones comparadas y espiritualidad. Es también uno de los principales arquitectos de la espiritualidad masculina. En la actualidad trabaja en la Universidad de Chicago. Sobre la cuestión de la necesidad de la oración para el alma, recomiendo su serie de libros sobre los potenciales arquetípicos en la persona humana (por ejemplo, *King, Lover, Magician, Warrior* (con Douglas Gillete), Nueva York, Harper & Row, 1990. Pero especial mente la serie de charlas tituladas *Jungian Psychology and Human Spirituality: Liberation from Tribalism in Religious Life*, disponible a través de LIMBUS, P. O. Box 364, Vashon, Washington 98070, Estados Unidos.

6 Henri Nouwen, *Gracias: A Latin American Journal* (San Francis per & Row, 1982, p. 69). El subrayado es mío.

7 Un axioma de desafío en el lenguaje de los Programas tipo Doce Pasos.

8 Ruth Burrows, *Guidelines for Mystical Prayer*, Denville, N. J., Dimension Books, 1980.

9 William Staford, "A Ritual to Read to Each Other", en Robert Bly, James Hillman y Michael Meade, *The Rag and Bone Shop of the Heart*, Nueva York, Harper Perennial, 1993, p. 233.

10. Juliana de Norwich, *Enfolded in Love: Daily Readings with Julian of Norwich*, Londres, Darton, Longman & Todd, 1980, p. 10.